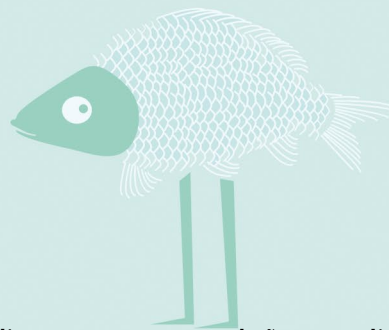


Lo bueno de la envidia

HÉCTOR ZAGAL

@hzagal

Y KARLA AGUILAR



¿Han visto la película *La muerte le sienta bien* (Death Becomes Her)? Se estrenó en 1992 y está protagonizada por Goldie Hawn, Meryl Streep y Bruce Willis. Es una película de mucho humor negro mezclado con una buena dosis de ficción científica. El núcleo de la historia es un sentimiento tan antiguo como la humanidad misma: la envidia. Streep y Hawn interpretan a dos amigas que han competido entre ellas durante décadas. Madeline (Streep) es una hermosa actriz que se ha dedicado a arruinar las relaciones amorosas de Helen (Hawn). Helen no es fea, pero su poder lo encuentra en su educación y posición económica. Un buen día, Madeline va demasiado lejos y le baja el prometido a Helen. Ésta pierde la cabeza durante siete años hasta que cae en cuenta de que sólo podrá estar tranquila hasta que elimine a Madeline de su vida. Literalmente. No les contamos más de la trama para que vean la película y se diviertan un rato. Sólo señalaremos cómo la envidia es el motor de ambas.

Madeline le reprocha a Helen que la hizo sentir «como basura» y como una «vulgar» desde que iban en la escuela. Por eso, cuenta Madeline, se dedicó a robarle a los novios. Helen, por su parte, le dice que eso la destruyó, pues no importaba cuánto la amaran esos hombres, siempre terminaban huyendo a sus brazos en cuanto les daba una oportunidad. Después de estas confesiones, ambas se vuelven amigas nuevamente y reconocen todas las bondades de la otra. ¿Qué pasó entre ellas? ¿Cómo pudo haber tanto rencor entre dos personas que se quieren y admiran tanto? Ellas mismas lo cuentan: se hicieron sentir inferiores y débiles mutuamente.

Todos somos igual de valiosos y dignos como seres humanos. De acuerdo, pero es cierto que somos muy distintos entre nosotros. Algunas personas parece que les tocó la lotería de la vida: belleza, inteligencia, fama, carisma, dinero, poder, salud, amor. Algunos tienen el paquete completo; otros, tan sólo uno de estos bienes. Uno se les arregla con lo que le toca. ¿Esta diferencia es suficiente para que surja en nosotros la envidia? No necesariamente. Rodearnos de personas diferentes a nosotros enriquece nuestra vida, nos protege de calamidades y puede fomentar un nuevo aprecio por nuestras propias cualidades. Sin embargo, esta armonía es muy frágil. Basta un desplante de desdén y de superioridad para que empeceemos a ver con rencor y malos ojos el poder de los demás.

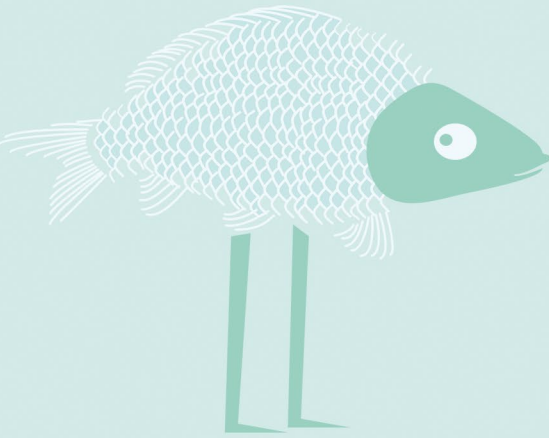
La envidia es compleja y puede analizarse desde muchas áreas. Les compartimos, simplemente, unas breves reflexiones al respecto. Ahora hablábamos del rencor. ¿Cómo se relaciona el rencor con la envidia? ¿Puede uno nacer del otro? La envidia es un enojo inspirado por el deseo de tener lo que otra persona posee. El rencor, en cambio, es un disgusto y enfado dirigido a quien nos ha tratado de manera vil y hostil. Friedrich Nietzsche (1844-1900) fue un filósofo que sacó a relucir las entrañas de la moralidad europea; la cual consideraba una moral de rebaño, de débiles y de resentidos. ¿Su origen? La envidia. Para Nietzsche, lo bueno, primero, fue aquello propio de los señores, de los poderosos, de los guerreros: poder, autoridad, vigor, valentía, riqueza, lujos. De entre los poderosos surgió otra clase privilegiada: los sacerdotes. Ellos, conjuntura Nietzsche, empezaron a tener costumbres higiénicas muy particulares para mantenerse

«puros»: baños, una alimentación especial y un desprecio por la sangre. A diferencia de la clase poderosa que, dice Nietzsche, se distingue por disfrutar la vida, los sacerdotes empezaron a enfermarse a ellos mismos por su afán de mantenerse puros, libres de suciedad, de placeres, de vida. Lo bueno, dicen ellos, es la represión del instinto. Así, débiles en su pureza, habiendo destruido su salud y fuerza, la clase sacerdotal empezó a justificarse señalando los bienes y virtudes de la clase poderosa como malvados.

¿Dónde queda la envidia? En Nietzsche la envidia no se muestra explícitamente como una mirada furiosa sobre los bienes de otro. Porque la clase sacerdotal, débil, como él les llama, no puede aceptar que los bienes y posesiones del poderoso son tales. ¿Por qué? Porque ello implicaría reconocerse carentes de ellos, sentirse inferiores. Entonces, la envidia se manifiesta como una superioridad moral: «Los débiles y pobres serán quienes entren al Reino de los Cielos. Pobres, más bien, de los ricos y poderosos, pues su gozo es limitado. El nuestro, eterno». Sí, Nietzsche está criticando los valores cristianos y de esa crítica, que no compartimos, podemos hablar en otro artículo. Pero quedémonos con esta idea: la envidia velada de moralidad.

¿No tiene Nietzsche un poco de razón en este punto? La envidia, incapaz de reconocerse como envidia, podría enunciarse como imperativos: «Si yo no lo tengo, ¡nadie lo tendrá!»; «Si yo no me permito hacer, pensar o sentir aquello, ¡nadie más debería hacerlo!». Así, la carencia es buena y la posesión, mala. La envidia velada es un falaz mecanismo de defensa psicológica.

En el Purgatorio de la *Divina comedia*, Dante castiga a los envidiosos cosidiéndoles los



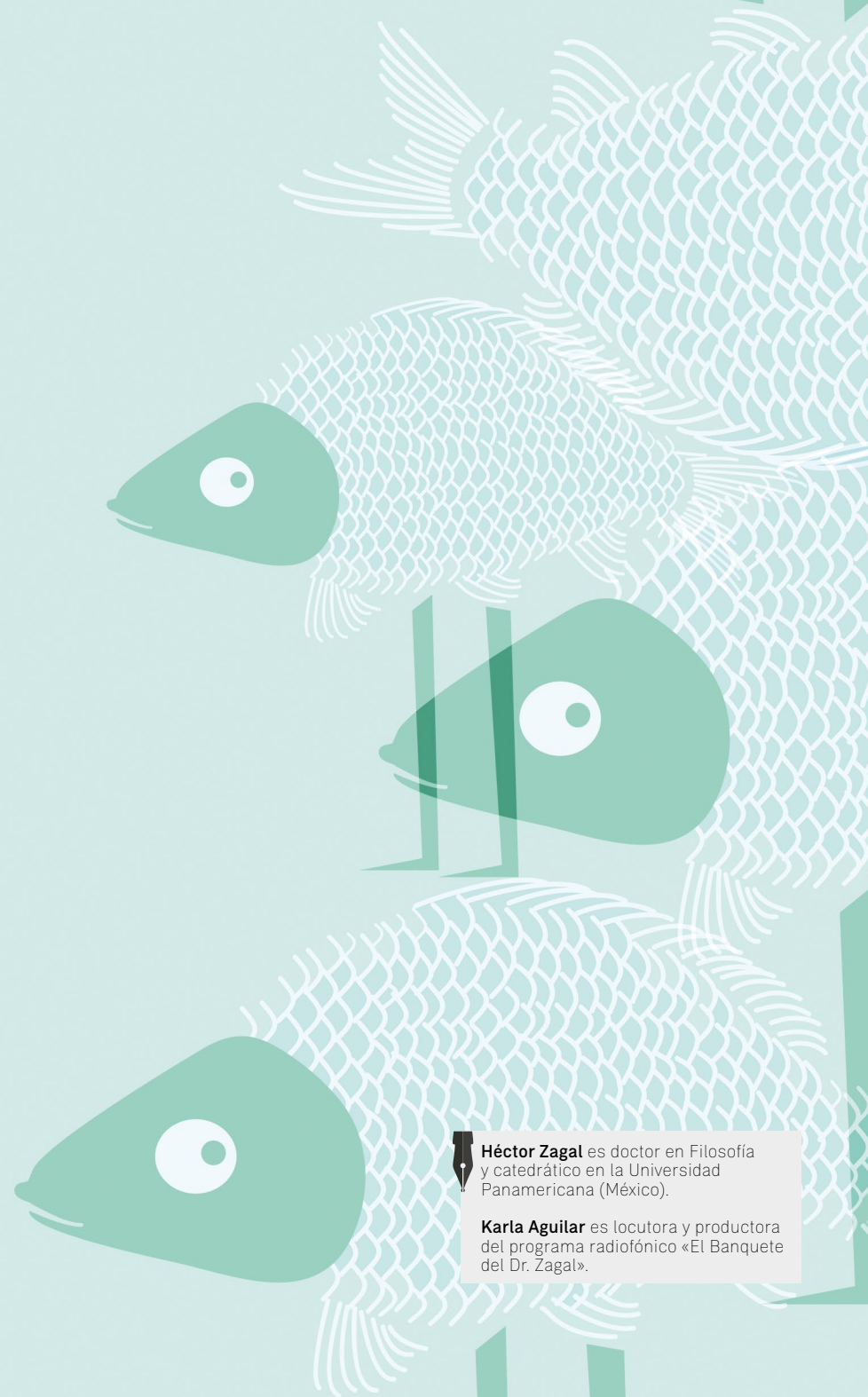
párpados. A los envidiosos les dolía ver a un hombre feliz, un hombre con mejor fortuna que ellos, por eso su penitencia consiste en no ver.

Aristóteles, por su parte, consideraba que alegrarse del mal ajeno forma especialmente perversa de envidia era un acción injustificable en cualquier circunstancia.

Como dijimos, Nietzsche nos habla de una envidia velada. ¿Qué pasa si nos hacemos responsables de ella? ¿Qué pasa si aceptamos que deseamos poder, vigor, placer? ¿No es más digno de nuestra humanidad desear esto que convencernos de que son fines viles? ¿No este anhelo de poder y libertad está detrás de las luchas sociales, del deseo de justicia?

Nos parece que la envidia puede tener una ventaja: reconocer dónde nos encontramos y qué anhelamos. Si enfrentamos y purificamos nuestro enojo por no tener lo que tienen otros, podemos, al menos, distinguir si realmente deseamos algo (un auto nuevo, por ejemplo) y procurárnoslo, o si estamos juzgando desde un falso pedestal de moralidad. La vileza de las acciones no depende de las posesiones de la persona. Madeline no era malvada por ser hermosa, sino por herir deliberadamente a su amiga. Helen no era mala por desear ser hermosa también, sino por el dolor que estaba dispuesta a infligir para ser más bella que Madeline. Su mortal lucha acabó cuando ambas reconocieron que usaron sus cualidades para hacer sentir inferior a la otra. Reconocer su envidia las hizo mejores.

No es casualidad que en el cristianismo, la envidia sea uno de los siete pecados capitales, uno especialmente amargo, porque quien peca de envidia no siente un gozo, ninguna satisfacción. El envidioso se castiga a sí mismo. </>



Héctor Zagal es doctor en Filosofía y catedrático en la Universidad Panamericana (México).

Karla Aguilar es locutora y productora del programa radiofónico «El Banquete del Dr. Zagal».